



EN EL CUENTO DE LA RESILIENCIA Y LA RECONCILIACIÓN



DEFENSORÍA DEL PUEBLO

Carlos Alfonso Negret Mosquera

Defensor del Pueblo

José María Balcázar Castillo

Defensor Delegado para la Orientación y Asesoría de las Víctimas del Conflicto Armado Interno

Coordinadores:

Jhon Byron Tamayo Vera (**líder del proceso**)

Elba Aurora Martínez Ocampo

Cindy Farlady Ortiz Ramírez

Laureano Díaz Jaramillo

Diana Carolina Zapata López

Equipo de la Delegada para la Orientación y Asesoría a Víctimas del Conflicto Armado Interno de la Defensoría del Pueblo Regional Antioquia

Diana Margarita Navarro

Apoyo Nivel Nacional de la Delegada para la Orientación y Asesoría a Víctimas del Conflicto Armado Interno de la Defensoría del Pueblo

Dirección: Carrera 9 No. 16 21 Bogotá - Colombia

E-mail: atencionciudadano@defensoria.gov.co

Código postal: 110231

Teléfono: PBX: [571] 3147300

Bogotá D.C., 2018.

Los contenidos de los cuentos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones de la Defensoría del Pueblo.

Reservados todos los derechos. Esta obra gratuita tiene protección de propiedad intelectual.

Presentación:

Carlos Alfonso Negret Mosquera
Defensor del Pueblo
DEFENSORÍA DEL PUEBLO

Autores:

Yadis de Jesús Domínguez Corpus
María Gladys Múnera
Ana María Murillo
Silvia María Arango González
Carmen Paniagua López
Luz Elena Galeano Laverde
Nubia Piedad Vallejo
Jhony Alberto Gutierrez Giraldo
Ana María Olarte

Ilustraciones portada:

León Andrés Madrid Vanegas

Diseño, diagramación e ilustraciones interiores:

Buenos y Creativos S.A.S
Andres Fernando Higuera Benavides

Impresión

Buenos y Creativos S.A.S

Bogotá D.C., 2018.

ISBN En el cuento de la resiliencia y la reconciliación
978-958-8895-76-5

Contenido

Presentación.....	06
Agradecimientos.....	09
La princesa de la aldea Alegría.....	11
Muñeca.....	18
La casa de las hormigas.....	21
La inquieta María Paz.....	24
Una historia más de los barrios altos de Medellín.....	27
Lucecita.....	29
El sueño que casi no cumplió.....	32
El niño luciérnaga.....	36
Presente.....	40
Glosario.....	44
Referencias.....	45

Presentación

Desde el momento en que asumí la misión de conducir la Defensoría del Pueblo, me comprometí con el país a defender los derechos humanos de las personas y comunidades más vulnerables. En los recorridos realizados con los equipos institucionales desde La Guajira hasta el Amazonas, desde Chocó hasta Arauca, me he encontrado con los rostros de miles de colombianos que han sufrido en carne propia el flagelo de la guerra, mostrando su dolor en cada palabra, en cada mirada.

Sin embargo, lo más sorprendente y admirable ha sido encontrar a personas emprendedoras, luchadoras y valientes que no solo se sobreponen al dolor sino que transforman su vida al servicio de los demás a partir de sus duras experiencias. Justamente, los cuentos que gustosamente presentamos, están escritos por personas afectadas por la violencia armada que tanto daño a causado a millones de compatriotas, siendo víctimas y un ex - victimario, los autores del siguiente texto que con ayuda del equipo psicojurídico de la Defensoría Delegada para la Orientación a las Víctimas, han logrado captar la esencia de la tenacidad y el coraje de los sobrevivientes.

Esta serie de nueve cuentos lleva al lector a reflexionar sobre nuestra capacidad de resiliencia y la necesidad de la reconciliación que requiere el país de cara al postacuerdo, por lo que puede ser concebido como una herramienta pedagógica de paz, para ser compartida con la familia, en la escuela con docentes y estudiantes, con servidores públicos, o todos aquellos interesados en la lectura constructiva que brinde elementos para crear un mejor país para las presentes y próximas generaciones.

Invito a todos aquellos que leen estas páginas a aprovechar la oportunidad para que su lectura brinde la posibilidad de pensar en otra Colombia donde la convivencia y la solución pacífica de conflictos sean nuestro pan de cada día. La De-

fensoría del Pueblo agradece profundamente que todos los colombianos seamos guardianes de los derechos de las víctimas, así como promotores de su superación y transformación en ciudadanos plenos de derechos.

CARLOS ALFONSO NEGRET MOSQUERA
Defensor del Pueblo de Colombia
Bogotá D. C. 2018

Agradecimientos

9

En el cuento de la resiliencia y la reconciliación fue posible gracias a la unión de esfuerzos de los autores y de la Defensoría del Pueblo.

Agradecemos al Parque Biblioteca Manuel Mejía Vallejo Guayabal de la ciudad de Medellín (Antioquia) por facilitar el acompañamiento de Carmen Elena Paniagua López, Licenciada en Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia, quien con voluntad, convicción y pasión apoyó capacitando a los autores en procesos de elaboración de cuentos, género literario que les permitió volar en imaginación, con creaciones ficciosas basadas en hechos reales que les sucedieron.

Gracias a los autores por su voluntad, compromiso, imaginación, ganas, resiliencia y/o actitud de reconciliación o acercamiento a través de sus letras, con las cuales, se pudo materializar este sueño. Sueño que queremos compartir con usted con gran entusiasmo.

Coordinadores Equipo Defensoría Regional Antioquia

La princesa de la aldea Alegría

YADIS DE JESÚS DOMÍNGUEZ CORPOS



En una aldea no muy lejana llamada Alegría, había muchas, muchas princesas, pero una se destacaba porque siempre estaba ayudando a los demás, su nombre era Daisy, por esa razón, todos la querían.

Vivían muy felices en medio de tanta tranquilidad, no se conocía peligro alguno, por lo que ellas corrían libremente por todos los jardines de la aldea, subían a los árboles, tomaban sus frutos, se bañaban en un hermoso río que pasaba por la aldea, como ellas, sin que nada ni nadie se lo impidiera. Eran muy felices.

Un día llegó un hada madrina de nombre Campanita a la aldea y preguntó a las princesas sobre qué les gustaría hacer en sus ratos libres, ya que ellas iban a una hermosa escuela rodeada de muchas plantas y flores de diversos colores. Ellas respondieron que les gustaría jugar con unas muñecas de tela, pero fabri-



cadadas por ellas mismas. Pero, como no sabían cómo construirlas, necesitaban de la ayuda de esa generosa hada, quien desde que llegó había preguntado sobre sus gustos.

Campanita, muy emocionada por las respuestas de las princesas, habló con sus reyes padres para que les permitiesen tomar esas clases y que cada una pudiera diseñar la muñeca de sus sueños, lo que los reyes aceptaron con mucha más alegría, porque por naturaleza ya lo eran, porque Alegría era el nombre de aquella aldea.

Todo transcurría muy tranquilo en aquella aldea. Las princesas, muy empenadas en el diseño y la construcción de su muñeca soñada, de la mano de Campanita, trabajaban sin descanso, hasta obtener un resultado satisfactorio de su creación.

Todo era muy hermoso, tanto el empeño que cada una había puesto para su creación como el resultado obtenido. Entonces, Campanita les preguntó: “¿Qué les parece si sus sueños los compartimos con otras princesas de la aldea para que también se animen a construir su propio sueño y, por qué no, a las princesas de las aldeas cercanas?”, y ellas muy emocionadas gritaron: “¡Urra... Urra..., queremos mostrar nuestras muñecas!”. Y así como aquellas princesas desbordaban alegría, los demás pobladores de la aldea también mostraban mucha felicidad.

Todo seguía siendo felicidad en aquella tranquila y alegre aldea, hasta que al fin llegó tan esperado día: mostrarían todo el sueño materializado de las muñecas a los pobladores de las aldeas cercanas.

mente se limpiaron las gotas y no les dieron importancia. Poco a poco el cielo cambiaba su color azul por un color gris que nunca habían visto. Un viento muy helado comenzó a sentirse, pero muchos de los pobladores no se percataron del cambio en el cielo, ya que era tanta su felicidad que seguían departiendo con los pobladores de las aldeas cercanas, brindaban y bailaban como nunca se había visto en la aldea.

Sin darse cuenta, muchos monstruos comenzaron a entrar a la aldea Alegría y, sin que los pobladores pudieran reaccionar, empezaron a devorar todo lo que encontraban a su paso, sin importar si eran princesas o príncipes, si eran reinas o reyes. Nadie entendía lo que pasaba en la aldea Alegría; de golpe, todo había cambiado y unos monstruos desconocidos hasta entonces atacaban con furia. Las princesas, sin entender, gritaban en medio de la desesperación de ver a los reyes y a los príncipes tendidos boca abajo en el suelo, sin poder ayudar.

Fue tanta la confusión, que todas las princesas terminaron en un tenebroso lugar al que los reyes llamaban Cementerio. Ese se convirtió en un espacio de torturas para todas las princesas que, sin entender, fueron obligadas a despojarse de toda pertenencia; y aquellos monstruos se reían a carcajadas, lo que aumentaba aún más el miedo y la confusión en las princesas.

Uno de los monstruos, que parecía el jefe, ordenó golpear sin ninguna culpa o remordimiento los bellos rostros de las princesas. La princesa Daisy, ya sin fuerzas, se abandonó a su suerte. Todos los monstruos asistentes al tenebroso lugar ultrajaron a las princesas y, ante tanto dolor e impotencia, algunas se desmayaron por todo lo que les pasaba a ellas y también a la hermosa aldea Alegría, que de alegría ya no tenía nada.

Mientras tanto, en la plaza principal de la aldea, una escena muy aterradora sucedía: los reyes uno a uno eran sometidos a golpes y malas palabras, cosas que jamás se habían escuchado en la aldea.

Los monstruos gritaban palabras vulgares y feas en contra de los reyes y príncipes, que para ese momento, se encontraban en manos de los monstruos despiadados, tendidos en el suelo boca abajo; gritaban y gritaban los monstruos, todas las reinas lloraban y los reyes estaban muy asustados. Algunos se llenaron de



valor para defender a las reinas, pero los monstruos, al darse cuenta de que los reyes reaccionaron, comenzaron a eliminarlos uno a uno. De esta forma, la plaza de la aldea, que hasta ese día solo había vivido alegría, vio como caían cuatro reyes inocentes.

Una de las reinas, que llevaba en su vientre a un principito, muy asustada comenzó a gritar, y estos monstruos sin piedad también a ella la eliminaron, llevándose con ella a su principito que, aun sin conocer la aldea Alegría, la abandonaba para siempre.

A partir de ahí, la tristeza se apoderó de Alegría. Nadie podía entender por qué razón los monstruos llegaron a la aldea y acabaron con la tranquilidad y la paz a la que siempre estaban acostumbrados.

Ya nada volvió a ser igual, porque el miedo se había apoderado de aquella hermosa aldea.

La princesa Daisy, a la que todos querían porque siempre estaba para ayudar, se había convertido en una princesa solitaria, con mirada triste, en ocasiones se la veía llorar. Las otras princesas la invitaban a jugar pero ella ya no participaba, era como si aquella horrible noche toda su vida se hubiera ido con aquellos reyes, la reina y su principito.

Muchas familias reales abandonaron los castillos que tenían en la aldea y partieron a aldeas lejanas para olvidar el terror que los perseguía desde aquella noche. La aldea poco a poco se quedó sola.

Una de las familias reales que abandonó la aldea, fue la de la princesa Daisy, que ahora tenía su mirada triste. El rey y la reina, atemorizados por lo que pudiera volver a pasar, y viendo a su princesita muy acongojada y casi al borde de la locura, decidieron viajar a una aldea muy grande con la esperanza de que los monstruos no los siguieran hasta ese otro lugar.

En esa otra aldea la vida era muy difícil. La inscribieron en una escuela muy bonita pero nunca como la escuela donde había aprendido a escribir sus primeras letras. Le costó mucho tiempo acostumbrarse a compartir con otras princesas de esa aldea grande y mucho más con los príncipes, ya que cada vez que miraba a un príncipe de esa escuela veía en sus rostros, de alguna manera, la cara de los monstruos que la habían ultrajado y llenado de tanto dolor. Fue muy difícil que lograra adaptarse. Hubo momentos en que fue retirada de su nueva escuela, ya que no lograba concentrarse, y los maestros que ahora tenía no lograban entender el comportamiento de la princesa.

Tiempo después, alrededor de cuatro años más tarde, la princesa Daisy conoció a un hermoso príncipe llamado Javier, quien poco a poco le fue devolviendo su sonrisa; pero ella aún se sentía temerosa, seguía recordando a esos monstruos y todo lo que le habían hecho. Sin embargo, el príncipe comenzó a brindarle mucha confianza, la llenaba de detalles, pero, sobre todo, la respetaba como a toda una princesa real. Era tanta la confianza que la princesa sentía cuando estaba al lado de este príncipe, que un día se llenó de mucho valor y le contó todo lo que aquel tenebroso día le había sucedido.

El príncipe sintió compasión por la princesa por todo lo que siendo tan joven había sufrido. Le dijo que no se sintiera sola y que él estaría ahí para ella cada vez que necesitara algo o a alguien con quien desahogarse. Poco a poco la princesa se sintió muy protegida por este príncipe y llegó un momento en que ambos terminaron muy enamorados, por lo que el príncipe no lo dudó y le pidió que se casara con él. Ella al comienzo estuvo muy temerosa, pero después de ver tanto amor en el príncipe y también en su familia, se casaron y tuvieron tres hermosos

principitos. La felicidad de nuevo había vuelto a la vida de la princesa y su familia, y parecía que sería así por siempre.

Un día el príncipe consiguió un empleo en una aldea supremamente grande y consultó con la princesa si quería que se mudaran para esa nueva aldea. La princesa encantada dijo que sí, y decidieron trasladarse a ese nuevo lugar con sus principitos. En esa aldea también eran muy felices... pero un día otro monstruo tocó de nuevo a su puerta y a la princesa se le llevaron su príncipe y la dejaron sola con tres principitos muy pequeños. De nuevo, como años atrás, se encontraba aterrorizada con unos principitos pequeños en una aldea lejos de su familia, sintiendo que todo acababa para ella.

Volvió de nuevo donde su familia, la cual siempre le brindó su apoyo, pero esta vez no estaba sola, tenía por quién luchar y salir adelante, así que se dedicó en cuerpo y alma a superar el dolor por la despedida de su príncipe, con el firme propósito de sacar adelante a sus principitos.

Así transcurrió mucho tiempo entre el dolor, la alegría, la tristeza y la esperanza de un mañana mejor, hasta que sus principitos crecieron.

Durante todo ese tiempo la princesa se dedicó en cuerpo y alma a la atención y el cuidado de su familia. No asistía a fiestas ni a reuniones; su vida transcurría en la monotonía y aun con el dolor por todo lo vivido.

Un día la princesa enfermó y estuvo mucho tiempo atendida por doctores a causa de la pena moral que aún embargaba su alma. En ese mismo lugar de atenciones médicas, un rey con ojos muy tristes se encontraba visitando a un rey amigo de él. Como la princesa en el momento se encontraba sola, este rey se acercó a ella con mucho interés y comenzó a hablarle. Al principio la princesa sintió miedo de él, pero este rey fue desde ese día a visitarla todos los días, le llevaba flores y le contaba historias muy bonitas de princesas, hasta que ella finalmente estuvo bien de salud.

Pero la cosa no terminó ahí. Este rey se interesó tanto en saber todo acerca de esta princesa, que con el paso de los meses resultaron siendo amigos. Cuando ya eran muy amigos, él le contó una historia de dolor por la que tuvo que pasar. La

princesa se sintió identificada con el rey, y después de varios años de amistad, un día le confesó a la princesa que estaba muy enamorado de ella. La princesa sintió mucho miedo porque había comenzado a sentir maripositas en el estómago por él, pero no quiso aceptar ninguna relación con el rey, debido a que su corazón aún estaba adolorido.

El rey no se dio por vencido, hasta que un año más tarde la princesa aceptó casarse con él, no sin antes contarle todo lo que había pasado en su vida, y haciéndole prometer que la respetaría y la defendería de los monstruos, quienes en dos ocasiones la habían atacado a ella y luego a su familia.

Luego de muchos años, la princesa, convertida en reina, se siente muy feliz al lado de su rey con sus príncipes. Con la ayuda de su rey, se volvió defensora de los derechos de todos los reyes, princesas, príncipes y principitos. Hoy esa princesa, que sufrió tanto, siente que la vida le da una nueva oportunidad.

En cuanto a la aldea Alegría, se sabe que en este momento la princesa, ahora convertida en reina, viaja con frecuencia acompañada por su rey a ayudar a otras princesas y reyes de aquella aldea para que su condición de vida cambie, transformando todo aquel dolor en oportunidad, ya sin rencor en su corazón.

Así, de esta forma, la aldea Alegría se recupera poco a poco.



Muñeca

MARÍA GLADIS MÚNERA



En un bello municipio, distante de la ciudad, se encontraba una muñeca, de la cual les voy a hablar.

Vivía con dos muñecas, un muñequito más y con su muñeco padre, que salía a trabajar.

Se encontraban muy felices estos muñecos juntitos. Pero, qué triste... A ellos también les tocó el conflicto.

En un día inesperado, la muñeca trabajaba y, al llegar a casa, esta noticia encontraba: “Tienes que salir de aquí, si quieres seguir viviendo”. Y con sus tres muñequitos, tuvo que salir huyendo.

Esta muñeca valiente, a sus muñecos quería cuidar y, sin pensarlo dos veces, salió para la ciudad.

Dejando en su carrera, su casa y sus animales, sus tierras también quedaron abandonadas, y también sus ideales.

Muy temprano en aquel día, la muñeca se marchó a tierras desconocidas, con gran preocupación.

Qué haré con mis muñecas y mi muñeco pequeño; en tierras desconocidas lucharé con gran empeño.

Después de estar allí adentro, en esta inmensa ciudad, ya no me queda más de otra, que empezar a trabajar.

Y, así fue pasando el tiempo, entre risas y jueguito, cuando un día cualquiera, ¡zass...!, mataron al muñeco papito.

Ahora sí que es verdad, empieza otra vez la lucha, y muñecas y muñequito, a vivir la vida maluca.

Ya con rencor en el alma y dolor en el corazón, la muñequita madre perdió su gran emoción.

Pensaba: “Dios mío, ¿qué hago con esta gran situación?”. Y con dolor en el alma, añoraba al muñecón.

Pero muñeca valiente, a su verdad se aferró, y por las calles ardientes, comenzó su gran labor.

Pero decía la muñeca, a pesar de tanto error, estos muñecos malvados también merecen perdón.



Y comprobó con palabras que se escriben a cada rato, reconciliación y resiliencia, se escriben en un formato.

Para unirlos a la paz, que escriben a toda hora, esta muñeca valiente se declara triunfadora.

¿Ahora quieren saber de la muñeca su fin? Pues a ella la encuentran fácil, ahí cerca de Junín.

Esta muñeca al fin quiso perdonar a su agresor, que le mató a su muñeco y le causó tanto dolor.

Pero lo recuerda a diario, como si fuera aquel día, en que juntos construyeron un hogar en alegría.

Aquella muñeca a otras quiso ayudar, enseñándoles las rutas para poder recuperar esos sueños que aquel día la guerra quiso robar, y en una institución los pudo recuperar.

Tejiendo hilos y retazos, la muñeca continuó. Y ahora su mayor deseo es viajar al exterior.

A México exactamente, es su mayor ilusión, porque ya sacó del pecho, todo ese inmenso dolor.

Hoy encuentras a esta muñeca como buena lideresa, trabajando con tesón y sin ninguna pereza.

Aquí termina la historia, de la muñeca valiente, quien en este momento es la muñeca resiliente.

La casa de las hormigas 21

ANA MARÍA MURILLO



El día era soleado, no tanto para quejarse, pero sí para escuchar a los pájaros cantar y ver a los lindos niños jugar.

En una pequeña aldea era así, tranquila y con un aire juguetón al recorrerla. Entre todas las personas que había allí, una se destacaba: Violet, una mujer joven, con piel morena y cabello castaño oscuro. Tenía una personalidad fuerte y un leve instinto maternal por el pueblo y sus habitantes.

Entre toda la tranquilidad y diversión, unos pasos pesados rompieron con estas. Los habitantes de la aldea detuvieron sus actividades para ver lo que pasaba, con la sorpresa de que eran “monstruos”, seres horribles, los cuales, llegaban a las aldeas y las “conquistaban”.

Todos los habitantes abandonaron la aldea sin poner resistencia alguna, ya que sabían que esto solo traería problemas. Los habitantes fueron a diferentes aldeas,

pero poco a poco fueron desplazados de aquellos lugares en los cuales estaban temporalmente. Ese fue el caso de Violet, quien estuvo en varios pueblos y aldeas sin poder quedarse en una por mucho tiempo. Ella estaba devastada, devastada por no poder hacer nada. Nadie le podía ayudar o, mejor dicho, no querían. No podía contener las lágrimas. Con las esperanzas rotas, corrió adentrándose en el bosque sin pensar en las consecuencias.

Después de algunos minutos, la chica se detuvo para darse cuenta de que estaba pérdida; cansada, se recostó en uno de los muchos árboles y empezó a desahogarse. Puso su cabeza entre las piernas y, entre lágrimas, se adentró en sus pensamientos.

No supo en qué momento había pasado todo eso. Su hogar y su vida se habían desmoronado en un parpadeo, y no solo le preocupada lo que pasara con ella, sino también con los demás que vivían allí, en lo que era su hermosa y maravillosa aldea.

Esos y más pensamientos fueron interrumpidos por una voz levemente aguda. —Querida... ¿Qué haces por aquí?, ¿Estás perdida? —la chica subió la mirada para encontrarse con un hada con un abultado, hermoso y gran vestido de color azul marino y colores verdosos.

Este pequeño ser se acercó a la chica, quien no tenía respuesta alguna, ya que estaba perpleja con la pequeña hada.

—¿Estás muda o qué? —con impaciencia, pero con mucha ternura, el hada sacudió suavemente la cabeza de Violet, haciéndola reaccionar.

—Eh..., este... ¿tú quién eres? —fue lo único que pudo salir de las entrañas de la chica.

—¡Soy Greysi! —exclamó—. Como puedes ver... soy un hada, proveniente de este lindo bosque... Ahora, ¿quién eres tú y de dónde provienes, querida?

—Me llamo Violet —dijo, después de un pequeño suspiro— Vengo de una aldea cerca de aquí, que fue... —tragó saliva y bajó un poco la mirada—, que fue tomada por los monstruos.

—Ya veo... ¿y haz intentado hacer algo al respecto?

—No... ¿pero qué podría hacer? —respondió.

La chica fue interrumpida por el hada, quien le dio otro pequeño sacudón, pero más fuerte.

—¡Auch! —exclamó Violet—.

—No salgas con esas señoritas —gruñó el hada—. Se nota que te duele la situación, pero... ¿vas a dejarlo así?, ¿qué ellos se queden con lo que tú y los otros habitantes construyeron por años? Yo pienso que no. Tendrás que dejar esa horrible tristeza que tienes y... ¡al menos, intentar luchar por ello!



La menor, Violet, estaba perpleja. Al parecer, la pequeña hada, aparte de tener muy buen carácter, sabía la respuesta sobre qué hacer al respecto. Tomó aire y limpió las pocas lágrimas que quedaban en su rostro, para luego alzar la cabeza como respuesta.

—Creo... que tienes razón —expresó, haciendo aparecer una sonrisa en el hada. Pasaron días, días enteros, en los cuales Violet y Greysi habían estado planeando estrategias justas y legales para vencer a los monstruos. Ellas se encargaron de reunir a todos los habitantes de la aldea y de otras, y se enfrentaron a ellos. Esta estrategia fue de gran impacto y efectiva. Cada vez se hicieron más fuertes; ya estos monstruos eran solamente obstáculos superables, mas no amenazas infinitas, y así, poco a poco, llegaron hasta el último de ellos, el jefe.

¿Fue duro? Sí. ¿El monstruo hirió tanto física como moralmente a la chica? Claro, y dolió mucho; pero ella no se rindió, no quería que todo por lo que había

trabajado se desmoronara como un hormiguero que cualquier despiadado derumba, y que todo el trabajo de todas esas hormigas se volviera migas.

Ahora es una hormiga fuerte y nunca se volverá a ir de su casa. No dejaría de nuevo su hormiguero, no se rendiría...

La inquieta María Paz

SILVIA MARÍA ARANGO GONZÁLEZ



Érase una vez una niña llamada María Paz, que llegó a un hermoso pueblito llamado Remanso de Paz, con el fin de ayudar a los bondadosos pobladores que allí vivían a resolver sus problemas y dificultades. Su vida era reír, jugar, divertirse y compartir con sus inquietos amiguitos. Se caracterizaba por jugar levantando su cuerpo con sus brazos.

Al paso del tiempo, al Remanso de Paz llegaron unos hombres muy malos que dañaron la tranquilidad de los moradores y de la hermosa María Paz. Estos hombres hacían mucho daño en la población, llenándola de oscuridad y dolor; María Paz no se salvó, precisamente porque luchaba por la paz y tranquilidad de estas personas. Fue así como un tenebroso día de lluvia ultimaron a muchas personas del pueblito, a quienes dejaron tiradas indolentemente en un lugar muy lejano de la población, impidiendo que pudieran ser rescatados sus cuerpos y entregados a sus doloridas familias.

La inquieta María Paz, en el afán de ayudar siempre, lideró un grupo de niños y jóvenes que valientemente rescataron los cuerpos de las personas, llenando de tranquilidad y paz a sus familias. Pero el horror generado por estos hombres continuó, pues no contentos con esto, siguieron sembrando odio, zozobra y oscuridad en la hermosa población.

María Paz continuaba en la lucha para ayudar a todos sus amiguitos y a sus familias que la necesitaban y acudían a ella; esto llenó de furia a los hombres malos y un sombrío día decidieron exterminarla. Para ello, bajaron a su casita y trataron de sacarla a la fuerza, pero ella se encerró y le pidió a los angelitos que la protegieran y salvaran; y así lo hicieron, volviéndola invisible ante los ojos de los hombres malos, quienes no pudieron encontrarla.

Entonces, los hombres buenos que custodiaban al pueblo, y que habían sido avisados por unos pajaritos del peligro en que se encontraba la niña María Paz, bajaron a su casa corriendo a auxiliarla y rescatarla. Se la llevaron en una enorme ave voladora y la entregaron a su familia en una ciudad lejana. Todo esto, porque la inquieta María Paz siempre invocaba a los angelitos y, como quería tanto a los animalitos y los protegía, estos la entendieron y por eso la salvaron avisando del peligro.

María Paz se fue muy triste llorando con su perrita blanca como la nieve que se llamaba Juanita. La abrazaba mucho, porque fue lo único que pudo llevarse. A los otros animalitos que ella tenía, sus amigos le prometieron que los cuidarían y alimentarían, aunque se quedaron muy tristes.

Pasó un tiempo y la inquieta María Paz se sentía muy afligida lejos de su pueblo y sus amiguitos, por lo que resolvió entablar un diálogo con los hombres malos y hacerles entender que su misión era ayudar a todos, que para eso la había creado Dios y, por lo tanto, no podía dejar de hacerlo. Los hombres malos, al ver la valentía de la niña María Paz, no tuvieron otra salida que permitirle volver para que continuara con su misión.

Por eso, María Paz pudo volver nuevamente a su querido pueblo con su amada mascota abrazada. Sus amiguitos y demás animalitos se alegraron mucho al verla, aunque algunas personas creían que estaba “loquita” porque allí continuaba el horror, pero a ella no le importó. Y, así, María Paz continuó con su bella labor de dar aliento y ayudar a los pobladores del hermoso poblado, logrando que este pueblito fuese nuevamente un “Remanso de Paz”.



Hoy en día, la inquieta María Paz dedica su tiempo a ayudar a las personas que tanto sufrimiento tuvieron que vivir, a reconstruir proyectos de vida, a perdonar a sus verdugos, a que vivan el proceso de reconciliación y a disfrutar cada momento de su vida como siempre lo hace ella. Su alegría y risa permanentes son contagiosas e irradian paz y tranquilidad a sus amiguitos y familias.

María Paz continúa siendo muy traviesa e inquieta, vive en una hermosa casita llena de flores y de animalitos a los que adora. Tiene unas especiales mascotas que son una tortugueta llamada La Tía Piluca; Peluche, que es un perrito súper gordiflón, y la sería perrita Katrina, que es toda una ternura, aunque está muy viejecita. También, alimenta a sus amiguitos pajaritos que le salvaron la vida; les mantiene todos los días alimento para que ellos libremente lo coman.

Ya murió su hermosa perrita Juanita, que era su adoración y la acompañó en los tristes momentos de su partida del pueblito, pero regresó con ella, ahora, en su corazón por siempre.

Una historia más de los barrios altos de Medellín

CARMEN ELENA PANIAGUA LÓPEZ



Después de quince años, la dura imagen de aquel día estaba intacta. Un cuerpo esbelto, joven y lleno de vitalidad, tirado en el pavimento; el hilo de sangre que brillaba con la luz de los autos que pasaban y se detenían un instante para observar mórbidamente la escena.

Era imposible olvidarlo, porque tratar de hacerlo sería como intentar borrar una cicatriz profunda marcada en el cuerpo. Pero, a pesar de todos los recuerdos que se agolpaban en su mente, la mujer había aprendido que por la vida, se cami-

na mejor cuando se va dejando atrás el lastre del odio y el resentimiento.

Y es que tantas y tantas lecturas no podían ser en vano, porque en los años que vinieron después de la muerte de su hermano, ella, la profe, como le decían algunos en el barrio, se aferró a los libros con una pasión equiparable al inmenso dolor que sentía. Leyó a Pessoa, a Márai a Onetti, a Gide, a Yourcenar y a tantos otros que le mostraron que la humanidad es una raza compleja, imperfecta e inacabada.

La profe, la extraña mujer que daba clases en un colegio público, llegaba todas las noches a su casa de aspecto minimalista, para preparar el café que la acompañaba en las largas lecturas que se prolongaban hasta la madrugada, cuando con los ojos ya pequeños, soltaba los libros para tomar la guitarra y rematar con una canción de Silvio, Violeta Parra o Inti-illimani.

No, aquel ser de bajo perfil, aquella mujer que pasaba desapercibida ante los ojos de los habitantes de uno de los barrios altos de la ciudad, no estaba hecha para el odio, porque ella, la profe, había aprendido que el odio no es más que otra forma de la muerte, una muerte lenta y agónica que con el paso de los años petrifica el alma.

Nunca se fue de la comuna y, con la valentía de una guerrera cuyas armas son solo el coraje y la esperanza, pasaba todos los días por el calvario del hermano amado, el lugar donde una noche, tirado al borde de la calle, lo vio dormir para siempre con un hilillo de sangre que emanaba de su sien. Terminó por reconci-



liarse con la muerte, perdonándola por haberle salido al paso a aquel joven de bonita sonrisa, que una tarde de sábado la miró por última vez desde la ventanilla de una buseta del barrio.

Lucecita

LUZ ELENA GALEANO LAVERDE



Lucecita llegó un día a la hermosa aldea a la que todos conocían como Comuna 13 de Medellín, antes de que cayera el atardecer, bajo un cielo azul y con su silueta delgada. Allí conoció el lugar donde conformaría su hogar, y con el paso del tiempo fue conociendo personas con las cuales entabló amistad. Allí vivió, pues, con sus hijas y su esposo, quienes a todas partes la seguían. Lucecita, con un espíritu de liderazgo, se convirtió en una promotora del servicio a la comunidad.

Pero... como no todo es color de rosa, un día cualquiera del año 2002, la comunidad fue sacudida por fuertes ataques, los cuales habían sido ordenados por el

gran Monarca de la región. A toda la comunidad le tocó vivir el horror de dos grandes guerras devastadoras, casi de la magnitud de las guerras mundiales; estas fueron la Mariscal y la Orión, ambas bajo las órdenes del gran Monarca. Trágicos acontecimientos para la aldea; a su alrededor solo quedó la destrucción, un campo lleno de cuerpos, niños buscando a sus padres y muchas personas de las que nadie sabía nada, porque al parecer habían sido llevadas en caballos a lugares desconocidos. Los niños, inocentes de lo que ocurría, fueron escondidos bajo las camas para protegerlos de los ataques.

La valiente Lucecita, haciendo honor a su nombre, se convirtió en una luz de esperanza; reunió a otras mujeres y las invitó a salir a las calles para gritar en contra del gran Monarca, que con su crueldad había acabado con la paz de la aldea. Por aquellos tiempos, grupos de buenas personas llamados Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, Corporación Jurídica Libertad y Obra Social Madre Laura, ayudaron a Lucecita y a las demás personas que andaban en busca de justicia.



plo a ese cúmulo de mujeres que también habían perdido a sus seres amados en las grandes guerras; mujeres que nunca más habían vuelto a saber nada de sus esposos e hijos.

El tiempo pasó y cuando Lucecita pensaba que ya había alcanzado la paz y la tranquilidad al lado de su familia, fue sacudida por la noticia de que su esposo había sido raptado por los hombres del Monarca. Ella no entendía por qué la crueldad se había ensañado con ellas, pero con el paso de los días fue recuperando las fuerzas y con la valentía de una madre siguió adelante al lado de sus hijas; la comunidad, que tanto había sufrido también, continuó adelante, orientada por esa gran luz que representaba para ellos esta valiente mujer. Y así, en las noches, con los abuelos y abuelas, comenzaron a tejer bellas historias de vida, de paz y reconciliación. La gran mayoría vivía en compañía de su soledad y su dolor; por eso para ellos era tan importante cada encuentro.

En el grupo se destaca la figura de una mujer que siempre interviene con sus apreciaciones y que, a pesar de haber recibido amenazas y de haber sido desplazada, continúa ejerciendo su liderazgo y luchando junto a otras mujeres para que no haya más impunidad, aunque posiblemente en esta porción del mundo esta guerra no termine. Por eso, en la voz de Lucecita siempre hay una vibración de esperanza, sus palabras siempre terminan con una sonrisa y un abrazo cálido lleno de satisfacción. Por eso, sus encuentros se han convertido en un bálsamo de vida, que puede transformar la tristeza y levantar la autoestima.

Hoy, Lucecita es la imagen viva de la fuerza, la lucha y el perdón.

Hoy en día, muchos se acercan a darle las gracias con tanto entusiasmo que a ella la reconforta y la anima a continuar con mucha más fuerza, a resistir, persistir y seguir insistiendo por una “lucecita” que le ayude a encontrar un día a todos aquellos que desaparecieron en las grandes guerras.

El sueño que casi no cumplió

NUBIA PIEDAD VALLEJO



Érase una vez una familia que vivía muy feliz en un pueblito hermoso ubicado en el oriente antioqueño, llamado Alejandría. Este era de calles amplias y bien trazado. En su parque principal tenía muchos árboles que brindaban sombra a quienes en las tardes salían a disfrutar del pueblo y su gente; además, estaba bordeado por el río Nare. Allí habitaban alrededor de 6.800 personas; para la época todo era paz y armonía, todos eran conocidos, familiares y amigos. En las mañanas, al salir de la casa para el trabajo o para el estudio, todos se saludaban, “¿Cómo amaneció, don Pedro?”, “¿Cómo está, doña Bertha?”, “Don Jesús ¿cómo está?, ¿cómo amaneció?”. Mejor dicho, allí todos eran una sola familia.

Así fueron pasando los años. En las fincas cafeteras, el grano se tornaba color rojo, indicando que era hora de recoger la cosecha, lo que representaba abundancia. Con el producto de esta, las familias campesinas planeaban el arreglo de sus casas, la compra de uno que otro electrodoméstico, la salida al pueblo el fin de semana para comprar el “estrén” en el almacén Nare o en El Caval, entre otros, y hasta alcanzaba para darse un gustico con una buena cerveza en compañía de los amigos. A la par, los comerciantes se preparaban con el surtido para vender a las familias cafeteras la ropa para estrenar en las fiestas religiosas y de fin de año. En el pueblo de “La Simpatía”, en “El Remanso de Paz”, en “La Perla del Nare”, ¡Alejandriá! todo era paz y alegría.



Así pasaron los días y los años. Víctor dormía plácidamente en compañía de su esposa. Eran como las 5:00 a.m. del día 3 de mayo del año 2000, cuando de repente escuchó las voces de algunos policías que llamaban con insistencia a un agente, quien justo vivía en el segundo piso de su casa.

Con insistencia le decían “Levántese, hermano, que amanecemos con seis muñecos, asesinaron a seis personas”. Víctor y su esposa se levantaron atónitos ante semejante noticia, salieron a preguntar quiénes eran y por qué, si en el pueblo nunca pasaba nada; con voz baja y muy entre los dientes, un vecino les dijo “Es que llegaron los de arriba”. Era la primera vez que tantas personas juntas se enterraban en una tarde, en aquel pueblo armonioso.

Víctor, ya temeroso por él y su familia, continuaba ejerciendo su función de comerciante, pero la zozobra era mucha, porque los de arriba siempre estaban extorsionando; retenían a las personas y, sin más, las asesinaban ante los ojos de otros que, con gran terror, eran dejados en libertad, ante la verificación de sus documentos de identidad, lo cual no quería decir que estuviesen libres de peligro. Así empezó el éxodo; muchos tuvieron que partir a las grandes ciudades, llevando solo lo que el tiempo y el horror les permitían llevar. El pueblo había quedado a merced de los de arriba.

Víctor, que con miedo y dolor seguía en el pueblo, seguía viajando a la ciudad de Medellín para surtir su almacén de misceláneas. Un día viajó en el bus que hacía la línea de las 7:00 a.m. y, en el sitio conocido como La Piedad, justo por donde pasa el río Concepción, donde el verde de las montañas no solo indicaba la gran vegetación que tiene este lugar, sino también el sitio propicio donde se escondían los grupos armados, fue entonces cuando de repente, por entre los árboles, salieron unos hombres pertenecientes a otras fuerzas oscuras y, abordando el vehículo, dieron orden de bajar.

Víctor se quedó inmóvil, sus manos le sudaban, su rostro palideció, en segundos se imaginó su muerte. Fue entonces con un estrujón como lo bajaron del vehículo y lo condujeron al monte. Mientras subía la montaña, sentía sus pies temblorosos y sus rodillas a punto de desfallecer. De pronto, el hombre que lo custodiaba lo detuvo bruscamente y apuntó hacia el suelo con su arma; solo vio cómo se deslizó una gran serpiente de colores negro y verde por entre los matorrales.

Continuaron sin pronunciar una sola palabra. Después de caminar las horas más eternas de su existencia, llegaron al sitio donde estaban otros hombres de mayor rango. Uno de ellos era el comandante, su rostro era duro, tan duro como la vida que llevaba en el cumplimiento de su misión criminal. Por entre sus dedos salía el humo del cigarrillo que parecía disfrutar como el mejor de los vicios. Sin más, dijo “Usted tiene una misión, tiene que hospedar a un hombre en su casa y hacerlo pasar por un familiar suyo”.



Víctor se llenó de valentía e invocando a la Virgen del Carmen, su santa de devoción, les dijo “Señores, yo no puedo hacer eso, tengo muchas hijas y no voy a llevar a un extraño a compartir el techo de mi hogar, así que hagan lo que quieran, si me van a matar háganlo aquí, pero de acá no salgo con ese señor, ni lo voy a recibir en mi casa”. Ellos se retiraron con gestos de gran disgusto. Víctor solo esperaba su muerte, rezó una y otra vez y se despidió mentalmente de los suyos; pero fue cuando ocurrió el milagro; a los pocos minutos le dijeron “Está bien, salga y sepa que no nos ha visto nunca”. Él salió del lugar, corría como un muchacho de quince por entre los matorrales, sin mirar atrás; en pocos minutos llegó a la carretera y agradeció a Dios porque una vez más lo había salvado de morir.

Víctor murió el 27 de mayo de 2015.

Con un corazón libre de resentimientos partió de este mundo, dejando una nota que decía: “¡Casi que no cumplo mi sueño! Vi a mis hijas crecer en paz y en armonía en mi bello, Remanso de Paz” ¡Me voy en paz!

El niño luciérnaga

JOHNY ALBERTO GUTIERREZ GIRALDO



Érase una vez un niño obediente y con muchos sueños en su corazón, los cuales mantenía unidos al cielo cuando observaba las estrellas.

“Luciérnaga”, así se hacía llamar el niño, a quien con burla se dirigían sus compañeros, ya que uno de los anhelos de Santiaguito era ser en la noche como una luciérnaga. Él decía que la luz del amor es lo único que destruye la maldad.

Por su noble corazón y la fe en sus deseos, el Creador le permitió ver un mundo desconocido que solo los limpios del alma pueden ver.

Hablaba con los animales, sentía el deseo de las plantas, percibía la buena o mala intención de los seres humanos y hablaba con el alma de su mamá, Diya¹, ya que

1. Nombre árabe para ambos sexos que significa “esplendor”, “luz”.

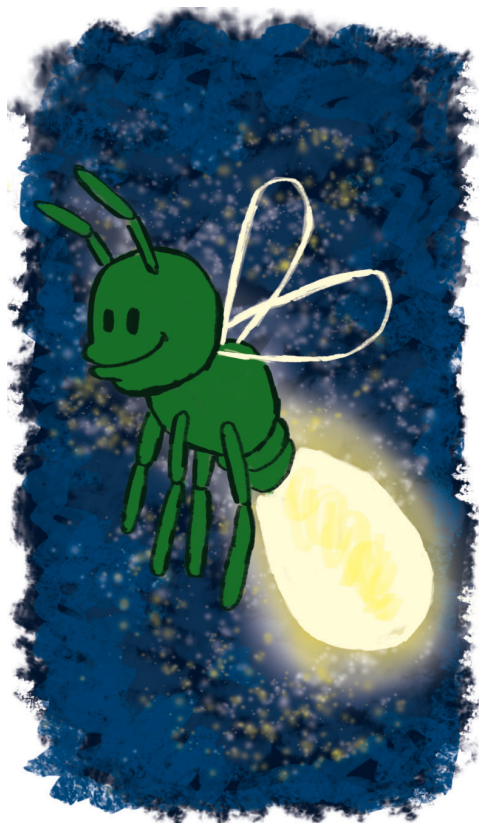
ella había partido al cielo a la presencia de Dios, para convertirse en una gran mujer que solo manejaba la magia del amor, para con el niño luciérnaga formar un solo ser.

Pero así como en la vida real hay seres humanos de buen corazón, los hay también que solo los maneja la maldad.

Unos seres con mitad cuerpo de lobo y la otra de hombre —esto lo percibía por el don que le fue dado por el Creador, pero los demás humanos del corriente no lo notaban— fueron a su encuentro para hacerle daño; le ocasionaron tanto dolor, que el niño se desmayó por las heridas causadas. Los seres despiadados se burlaban de él y le preguntaban: “¿Por qué no dices nada?, ¿por qué no te defiendes? ¡Tú tienes poderes para destruirnos! ¿Por qué no lo haces?”. Y el niño, con las pocas fuerzas que le quedaban, dijo: “¿Por qué me hacen daño?, en mi corazón no hay odio para nadie, y mucho menos para ustedes”. Los seres malos se enfurecieron y le hicieron un reclamo: “¿Por qué no te enojas con nosotros por todo el daño que te hemos hecho? Lo normal es que tomes venganza contra nosotros, ¡ya que te odiamos a muerte por la luz que sale de tu corazón, nos molesta que brilles!”. El niño les respondió: “uno habla y actúa de lo que abunda en el corazón y en el mío no existe odio, y mucho menos por lo que me hicieron...”.

Los seres malos se fueron impotentes, debido a que el niño no actuó como ellos querían. El Creador mandó a los animales del bosque para que lo acompañaran, a los árboles para que con sus ramas y raíces fueran curadas sus heridas y al alma de su mamá para que le diera ánimo y fortaleza.

Pasó el tiempo y el niño se recuperó. Fue a caminar al bosque y encontró a uno de los seres malos que le habían hecho tanto daño, quien tenía malherido todo su cuerpo, estaba lacerado y lleno de sangre. El niño se acercó y le preguntó: “¿Qué te ha pasado?, ¿quién te hizo esto?”. El ser malo le respondió: “mis otros compañeros de maldad me atacaron a muerte, porque ya no les era útil para sus fechorías. ¡Oye, niño!, ya tienes la gran oportunidad de vengarte, ya que fui yo el que autorizó el ataque a tu cuerpo y el que más te hizo daño...”, pero el niño, con un rostro de dulzura, le dijo: “yo nunca te he odiado y ya te había perdonado...”. El niño llamó a todos los árboles y animales para que lo cuidaran y sanaran. Su mamá llegó con el permiso del Creador, para darle ánimo, infundirle



y explicarle que el amor, el perdón y la reconciliación son lo único que vence el mal.

El ser malo ¡ya no era malo!, se convirtió en un hombre de luz, ya que el perdón que le dio el Creador, por medio de la actitud del niño, cambió su corazón.

Fue tanta la luz del niño, que sus enseñanzas llegaron y permearon a un hombre de piedra, Tánatos², quien todo lo que tocaba lo convertía en roca. Este era otro de los hombres mitad hombre y mitas lobo, cuya dureza se vio transformada por la bondad del corazón de ese niño, viendo en él reflejado su gran deseo de volver a ser ese gran ser humano que en su niñez reflejaba a los demás. El corazón de este hombre pasó de ser de piedra a ser de carne.

Desde entonces, este nuevo hombre de carne, ahora llamado Vidal³, dejándose llevar por el gran ejemplo dado por esa luz de esperanza del niño luciérnaga, que en medio de la oscuridad permite brillar, decidió ser para otros seres ese resplandor de esperanza en sus vidas, como lo fue el niño en la suya.

Hoy, ese hombre transformado en ser de luz les da la mano a otros seres que están en el pozo de la oscuridad, del odio y la venganza, brindando su hombro, sus consejos y sus experiencias, de que la única arma que puede cambiar esos corazones de piedra, por uno de carne, es decir, sensible al dolor humano, es el amor y el perdón.

2. dios de la muerte.

3. Es el “que da vida”. Su origen etimológico anterior apunta al concepto de “nacer, dar vida”.

El recuerdo de ese niño luciérnaga en ese hombre nuevo de carne, lo acompaña siempre, es una guía, es un ejemplo a seguir, lima sus dolores y rencores y, a pesar de que no lo toca y no lo ve, lo siente en lo más profundo de su corazón, marcó su vida para siempre; y por eso grita al mundo: “la única solución para terminar con el conflicto es el perdón y la reconciliación desde el corazón: luz de esperanza como una luciérnaga”.



Presente

ANA MARÍA OLARTE



Esto fue hace muchos años, en el tiempo en que no existía el miedo.

En un hogar cálido vivían tres lindos niños inquietos, libres como el viento, abrazados por sus padres y con correrías sin parar.

Con asombro, sentían en sus almas y sus cuerpos la grandeza del mar y la imponencia de los cielos abiertos. Sus rostros radiantes recibían de la fresca brisa marina todo su poder.

Sobre el lomo de caballos veloces, iban y venían, sintiendo todo el gran espíritu de aquel ambiente que los rodeaba y se les brindaba.

De pronto, una densa y negra nube que auguraba peligro, cayó sobre aquel bellísimo hogar.

La densa y negra nube cayó lentamente y los atemorizados niños buscaron refugio en su madre con sus rostros bañados en lágrimas y mil preguntas:

— ¡Mamá! ¿Qué pasó?

— ¡Mamá! ¿Por qué?

— ¡Mamá! ¿Qué haremos?

Preguntaban, aferrándose entre ellos en abrazos tan fuertes que no terminaban rápidamente.

Su mamá solo sabía abrazarlos y trataba de consolar sus tristes y abatidos espíritus.

— ¡Tranquilos!, ¡tranquilos!, todo saldrá bien —eran sus únicas palabras para ofrecerles. Se sentía impotente.

— ¡Hijos, hijos de mi corazón! No estamos solos en el mundo —exclamó la madre, sintiendo así que sus mundos se venían abajo.

¿Qué hacer? Pensaba la mamá desesperada ante lo que sucedía, mientras esa densa y negra nube seguía amenazando con destruirlos a todos.

— ¡No hay de otra! Tendremos que salir de aquí lo más pronto posible —expresó la madre—.

Y, con esa determinación tan difícil en sus almas, le dijeron adiós a aquel bello hogar, dejando atrás todo lo vivido...

Después de varios días, nadie sabe exactamente cuántos fueron, aquella densa y negra nube se fue alejando de aquellos corazones que se quedaron vacíos con la pérdida del padre de la familia.

Y, con los corazones aureolados por una secreta esperanza, la familia inicia de nuevo en otro hogar, en otro lugar...

Poco a poco, la serenidad encuentra nido en la familia y, despacio, muy despacio, fue haciendo efecto repetido en ellos y, durante los días sucesivos, sus corazones fueron recibiendo lo nuevo para vivir, sin olvidar...

De nuevo se fueron abriendo sus alas como capullos de mariposas, prestos a ser libres ante los nuevos vientos que los invitaban a sonreír, dejando impreso en lo más profundo de sus corazones el espacio suficiente y único para que no volara de allí ese Papá.

En este nuevo hogar, la mamá en duelo se sumerge en la rutina de sus quehaceres: barrer la casa, lavar, cocinar, fregar los trastes; siempre la misma rutina, siempre...

Hacía ya tiempo que la mamá llevaba esta vida tan gris y solitaria.

Una mañana, ella despertó temprano y, antes de iniciar los quehaceres de la casa, escuchó la risa alegre y cristalina de sus hijos en un rato alegre entre ellos mismos, sintiendo con ello que era invitada a continuar la vida...

Decide entonces transformar su dolor en alas de esperanza, sobrevolar la cumbre de su soledad, incrustada en la roca más dura de su corazón, para atreverse a bordear las insondables aguas de su amargura.

Casi exhausta, se posa en la cima del cerro más alto de la reconciliación con su corazón anhelante y con el aliento final que le quedaba aún para seguir viviendo para sí misma y para los otros.

Volver a escuchar esas risas de sus hijos, la instó profundamente a seguir la vida.

Pero ¿dónde?...

Pero ¿cómo?...

¿Qué hacer?...

¿Adónde ir?...

Se preguntaba una y otra vez...

¿Quién sería su apoyo?

Ya antes había escuchado de la Defensoría del Pueblo...

¿Sería allí adonde tenía que ir? —se preguntaba—.

Y, así fue.

En aquella oficina de la Defensoría del Pueblo, donde fue atendida de la mano de aquellas personas sensibles a las heridas abiertas a causa de la violencia, decidió serenarse y se dispuso a ser guiada y orientada para abrirse de nuevo a la vida. Y encuentra que participar con otros, en su misma situación de pérdida, la dirige al encuentro consigo misma, ubicándola de nuevo en el universo.

Un universo diferente pero sin olvidar. Abriéndose, paso a paso, a la búsqueda de la verdad de lo sucedido.

Y, desde entonces, ha vuelto a salir, ha vuelto a vivir, ha vuelto a reconciliarse con la vida y le dice a esta “¡Presente!”.



Glosario

Resiliencia: Garmezy (1991), citado por Becoña (2006), la define como “la capacidad para recuperarse y mantener una conducta adaptativa después del abandono o la incapacidad inicial al iniciarse un evento estresante” (p. 459).

Reconciliación: Para Vargas (2011), reconciliación significa la aceptación que cada sujeto, comunidad o nación hacen de su propia realidad, esto es, de las condiciones históricas, sociales, culturales y geográficas que determinan su existencia. Es la “aceptación de las cosas tal como son”; significa entender que lo ya acaecido en la historia es irrevocable e invariable, y que sería un vano esfuerzo de la voluntad pretender cambiarlos o al menos desear que hubieran sido de otro modo. Depende de la voluntad de las partes.

Por otro lado, Moitas (2015) sostiene que la reconciliación puede darse sin el perdón, como se observa en el perdón político donde un tercero toma la decisión de la víctima para perdonar.

Perdón: A partir de Etxeberria (2005), perdonar supone atribuir a quien se perdona algo un grado suficiente de responsabilidad moral —una culpa— por lo que ha hecho. Perdonar no es “dis-culpar”, no asignar culpa por la acción realizada, atribuyéndola a las circunstancias, a las consecuencias o a lo que sea. Es hacer una cierta oferta —que habrá de precisar— a quien es culpable.

Por su parte, para Moitas (2015), el perdón es el extremo opuesto a la venganza, es ante todo una decisión subjetiva e individual que no se puede imponer.

Por otro lado, Alberdi (2007) señala que el perdón no es negación de la ofensa, ni una disculpa y olvido, ni una obligación moral, y que el perdón es amar intensamente, defender la causa de la humanidad, un acto liberador, e ir más allá de la justicia.

Alberdi, G. B. (2007). Víctimas del terrorismo y reconciliación en el País Vasco. Escuela de Paz 13. Bilbao: Bakeaz.

Becoña Iglesias, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11 (3), 125-146. Recuperado el 28 de agosto de 2018, de <https://doi.org/10.5944/rppc.vol.11.num.3.2006.4024>

Etxeberria, X. (2005). Sobre el perdón: concepciones y perspectivas. *Frontera*, 33, 11-36.

Ilustraciones. Ajustadas y descargadas el 28 de agosto de 2018 de la URL: www.freepik.com

Moitas, Y. D. (2015). El carácter transformador y los límites del perdón (tesis de doctorado). Universidad Autónoma de Barcelona, España. Recuperado de <https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/330922/ydsm1de1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Vargas Bejarano, J. (2011). Reconciliación como perdón, una aproximación a partir de Hannah Arendt. *Praxis Filosófica*, 26, 111-129. Recuperado el 28 de agosto de 2018, de <http://praxis.univalle.edu.co/index.php/praxis/article/view/3303>

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

[illegible]

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.



**Defensoría
del Pueblo**
C O L O M B I A

Defensoría del Pueblo
Carrera 9 No. 16-21 piso 7
Tel. 57+1 314 4000
57+1 314 7300
Bogotá D.C., Colombia
www.defensoria.gov.co
info@defensoria.org.co